

UNA, DONA, TENA, CATONA

Quico Espino

Premiado en el Concurso de Cuentos, convocado por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria con motivo del año 2000.

SÁBADO

Andrés se sentó en una laja⁽¹⁾ lisa, al borde del charco que estaba frente a la cueva del pulpo, para hacer recuento de los mariscos que había cogido. Vacío el balde⁽²⁾ y, a ojo, calculó unos treinta y pico cangrejos, todos apelotonados dentro de una bolsa de plástico, y, de mayor a menor, contó cuarenta y siete mejillones, setenta y nueve lapas bien carnosas y ciento veintitrés burgaos⁽³⁾.

— Ya sólo me falta el pulpo —*pensó, al tiempo que volvía la cabeza hacia la cueva*—.

El aire alegre y un tanto victorioso que lucía en la cara se le borró y afloró una expresión sombría. Siempre le había intimidado aquel lugar. Le impresionó desde el primer día que su padre le iniciara en el arte del marisqueo.

— Eso parece la boca del risco, papá. Yo no quiero entrar ahí.

— Venga, Andrésín, no seas cobardica, hombre, que ya tienes ocho añitos.

Ahora tenía diez y, a pesar de haber ido otras muchas veces con su padre, seguía sintiendo tal pavor por aquella tenebrosa caverna que no sabía si se atrevería a meterse él solo.

Pero tenía que hacerlo. Había tomado una decisión y debía cumplirla. El propósito no era vencer el miedo sino sorprender a su madre con una buena mariscada. La noche anterior había escuchado una conversación entre sus padres.

— ¿Podrías ir a coger mariscos mañana? Es que me gustaría hacer una paella al mediodía.

— No puedo, cariño. Quedé con los pescadores para pintar un par de barquillas.

— Pues yo voy —*se dijo Andrés*—. Mi madre se va a llevar una buena alegría, aunque luego me regañe.

Fue por eso que se levantó al alba, sigilosamente, y se perdió entre los riscos, calculando más o menos, como hacía su padre, la hora en que el sol se colaría por la guarida del pulpo. Entonces, con toda la piel de gallina, con la fija⁽⁵⁾ en una mano y unos cuantos cangrejos en la otra, se aventuró al interior.

La cueva parecía una extraña capilla. El techo, limado y esculpido por la brisa constante de las olas, sugería la estructura de una bóveda profusamente decorada. Los reflejos del sol treparon hacia ella y la salpicaron de lucecitas oscilantes y coloridas que brincaban en un cambio continuo de formas.

Andrés aprovechó los destellos de luz para buscar el charcón donde su padre solía atrapar los pulpos. Rápidamente se acercó, dejó caer los cangrejos en la

orilla, engoando⁽⁴⁾ a la presa, y se puso en guardia con la fija bien trincada en la mano derecha. Temblaba de miedo y de excitación. El valor le fallaba por momentos y tuvo que hacer acopio de fuerzas para no salir corriendo.

No pasaron ni veinte segundos cuando asomó un pulpo por un extremo del charco. Andrés se preparó para atacar en cuanto la víctima se acercara a los cangrejos. El pulpo se deslizó ágilmente hacia el delicioso reclamo, y el niño embistió sin dudarle.

Se arrepintió al instante, al comprobar que era una cría, y sobre todo cuando la vio retorcerse de dolor alrededor de la fija que tenía clavada en alguna parte del cuerpo. Agitó varias veces el brazo, con el fin de desenredar al pobre animal, y se percató de que el hierro le había atravesado un tentáculo a media altura.

— ¡Mi madre! A ver cómo desengancho yo este bicho ahora.

Pero, de pronto, cambió de pensamiento. En realidad, aunque pequeño, había pescado un pulpo y, por tanto, cumplido lo que se había propuesto. De esta manera podría salir lo antes posible de allí, y respirar a cielo abierto.

Sin dudarle más, dispuesto a machacar la cabeza de su presa para acortarle el sufrimiento, se agachó y cogió una piedra, justo en el momento en que el sol pareció meterse entero dentro de la gruta. No quedó un rincón sin luz y Andrés, atónito, erizado de pies a cabeza, no podía dar crédito a sus ojos: el pulpo lo estaba mirando directamente a la cara, como pidiendo clemencia.

— ¿Será posible?

Aturdido, casi hipnotizado, soltó la piedra y aflojó la fija. El pulpo se mantuvo unos segundos con los ojos implorantes hacia él, pero, de improviso, cambió el rumbo de su mirada. Andrés la siguió y se encontró con un espectáculo tan fascinante y sorprendente que lo hizo tambalear y sentarse.

Los rayos del sol se proyectaban de manera insólita en la bóveda del techo, que parecía de nácar y cristal, y la inundaban de pequeñas burbujas de colores transparentes que, de súbito, se transformaban en pinceladas fugaces, en líneas y figuras danzarinas, en las que Andrés creyó ver una inmensidad de números sin terminar. Infinitos números inacabados saltando alegres con la luz. El ocho aparecía más veces que ninguno y, de un chispazo, se abría en un tres, o se quebraba en dos ceros, o se perfilaba como triángulos efímeros que, a su vez, se convertían en sietes, en unos, en nueves... A veces se alineaban por un tris y se podía leer cifras con muchos números difuminados, entre los que, inequívocamente, siempre imperaba el ocho.

— Será porque ésta es la casa del pulpo, que tiene ocho rejos —*supuso el niño, pasmado ante aquel mágico juego de luces y números saltarines*—.

Pero su asombro se trocó en espanto cuando bajó la vista y descubrió, después de repasar cada recoveco con detenimiento, que la cueva estaba llena de pulpos que miraban encandilados al techo.

Le entró pánico. De un brinco se puso en pie y arrancó a correr como un poseído rumbo a la salida, arrastrando al pulpo y llevándose medio tentáculo ensartado en la fija.

Maltrecho, el animal regresó al charco y se escurrió en su madriguera, al tiempo que el sol, fiel a su ruta, abandonaba la cueva y la dejaba otra vez en sombras.

— ¡No me digas que viste a todos los pulpos al sol! —*exclamó el padre de Andrés, mientras saboreaba la paella*—.

— ¡Ni me lo recuerdes, papá! ¡Salí de allí como un tiro!

El padre, las dos hermanas mayores y el abuelo se rieron igual que chiquillos ruines. La madre, sin embargo, se mantuvo seria.

— Pues a mí no me hace gracia. Me gustó mucho el detalle, y de verdad que me llevé una sorpresa, pero no quiero que vuelvas a ir tú solo por allí. Que con el mar no se juega, y tú eres un niño.

— Pero es curioso. Que yo sepa, nunca ha ocurrido una cosa así —*intervino de nuevo el padre, que se mostró muy interesado en el asunto*—.

Según él, los pulpos son seres de gran instinto que se esconden desde que presienten a un extraño. Y el hecho de que se manifestaran tan abiertamente y con tanta confianza delante del niño era algo muy significativo.

— ¿Qué quieres decir, papá? —*preguntó Andrés un tanto confuso*—.

— Pues que no te tienen miedo y se sienten seguros en tu presencia.

— ¡Pero si le clavé la fija a una cría!

— Sí, pero después le perdonaste la vida y te dejaste llevar a su mundo durante un ratito. Y viste las mismas maravillas que vieron ellos.

— ¡Eso! ¡Tú dale alas! —*saltó la madre, que se mantuvo en sus trece, y que volvió a reiterar su prohibición*—.

Pero Andrés tardó bien poco en desobedecer el mandato. El episodio de la cueva no se le iba de la cabeza y aquel día se lo pasó sumido en el mismo mar de pensamientos. Ni siquiera se bañó en la playa, cosa rara en él, que solía pasarse horas en remojo, jugando con sus amigos o cogiendo olas. Se preguntaba qué sería del pulpito que había herido. Incluso llegó a imagi-

nar la preocupación de los padres del pobre animalito al verlo regresar con un rejo⁽⁶⁾ partido. Fue entonces cuando comprendió a su madre, y hasta le pareció oír los gritos que ella daría si lo viese aparecer de repente con una pierna o un brazo cortado por la mitad. También recordó las palabras de su padre: “viste las mismas maravillas que vieron ellos”, y enseguida desfilaron por su mente las imágenes del techo de la cueva encendido, como si se tratara de una pantalla donde se proyectaba el sol, y que era objeto de adoración por parte de los pulpos.

— A lo mejor, todos esos números y figuras tienen algún significado para ellos, y por eso salen a mirar —*pensó Andrés, ya casi adormilado, deseando y temiendo que llegara el día siguiente, porque no sabía si sería capaz de resistir la tentación de volver a la casa del pulpo*—. Lo último que le vino a la mente fue:

— ¡Ojalá que la marea siga buena mañana!



DOMINGO

El mar se llevó los sueños de la aurora. Se estiró el sol y fue subiendo poco a poco por la playa, hasta bañar el pequeño pueblo de pescadores que recorría la orilla. La mayoría de las casas se metían y escalonaban en el risco, con colores marinos, y entre ellas sobresalían la vieja ermita y la escuela, con su plaza y su patio. Una remozada avenida de adoquines, con muro de piedras vivas, un par de bancos y unos cuantos arbolitos hechos al salitre, completaba una perfecta estampa marinera.

El sonido de una ola arrastrando las piedras de la playa despertó a Andrés, quien, nada más abrir los ojos, saltó de la cama igual que un resorte, y se fue derecho a la ventana para ver cómo estaba el mar.

— Como un plato —dijo en voz alta—.

De inmediato, se puso el bañador y las calamares⁽⁷⁾, y abrió cautelosamente la puerta de su cuarto. Echó una ojeada y, comprobando que nadie se había levantado aún, corrió de puntillas hacia la cocina, agarró una naranja y un plátano y se marchó a la mar.

No había ni un alma en la playa. Se oían voces y risas apagadas provenientes de la cafetería y la tienda, siempre abierta, que se situaban al otro extremo de la avenida, pero la playa estaba vacía. Ya había entrado el otoño y hacía bien poco que se había silenciado el bullicio de las vacaciones. En el pueblo sólo quedaban los residentes fijos, que eran los pescadores, más un número creciente de familias de fuera que venían huyendo de las multitudes y los coches.

A Andrés le pareció más grande la playa y más inmenso el mar, cuando se vio solo caminando por la arena. Un tanto atolondrado, se paró a la altura del atracadero de las barcas y, como de costumbre, las contó una por una. Le gustaba mucho entretenerse mirando los colores y los dibujos que tenían, así como los nombres que les habían puesto que, en su mayoría, eran los nombres de las esposas de los pescadores: Marisol, Yolanda, Sandra, Pilarín, Mary Carmen.

El sol empezaba a escalar la peña que le impedía entrar por la cueva desde que rompía la mañana. Andrés lo estaba observando y resolvió que tenía que espabilarse porque quería coger tres o cuatro cangrejos para llevárselos al pulpo herido en señal de excusa.

Quince minutos después, con los primeros brotes de luz, y con una determinación insospechada en él, ya se encontraba sentado delante del charcón, en cuya orilla había depositado los cangrejos de regalo. Se sentía asustado, pero menos que el día anterior, y se mantuvo firme y atento.



Poco a poco, rayo a rayo, se fue iluminando cada rincón de la gruta. El charcón, que ocupaba casi todo el espacio, se extendía hacia adentro en una intrincada diversidad de galerías que se perdían a la vista. Andrés creyó adivinar el mar a través de uno de aquellos laberintos y se quedó pendiente un instante para cerciorarse de su visión.

En ese momento, tímidamente, asomó el pulpo. Primero sacó la cabeza y clavó los ojos en el visitante que estaba sentado enfrente. Reconoció al monstruo que le había mutilado con el último sol, pero presintió que hoy venía con buenas intenciones. Se aseguró de ello nada más ver la ofrenda que el niño le había traído y, sobre la marcha, pleno de confianza, salió del escondrijo y se abalanzó sobre los crustáceos con sonoro apetito.

Fue entonces cuando Andrés lo vio. De entrada pegó tal brinco que casi pierde el equilibrio. Incluso el pulpo se asustó y se recogió un poco. Luego se miraron fijamente, con ingenuidad y nobleza, con la frescura de las miradas inocentes, y el pulpo supo que el niño le pedía perdón, y el niño fue consciente de que el pulpo no le guardaba rencor alguno.

— ¿Cómo tienes la herida? —preguntó Andrés, con absoluta naturalidad, preocupado, al tiempo que levantaba un brazo y lo movía formando rizos en el aire—.

El pulpo se sacudió y revolvió los tentáculos, en el preciso instante en que la cueva se inundó de una luz cegadora que reverberó por todos los costados y subió veloz a chocar contra la bóveda del techo, donde se produjo un estallido deslumbrante. Surgieron nuevamente las figuras y los números danzando a sus anchas, multiplicándose con un resplandor para desintegrarse luego en otro, y esta vez Andrés constató que los números se presentaban casi acabados. Al cinco, por ejemplo, le faltaba una mínima porción del rabito superior que va a la derecha; el siete carecía de la mitad de la línea que cruza el lado vertical; al tres no acababa de formársele una de las dos semicircunferencias y el ocho, que aún prevalecía sobre los demás, afloraba con la redonda superior abierta, igual que si le hubieran partido un cacho con los dedos.

Al niño le pareció oír incluso el crujido del ocho quebrándose. Estaba tan maravillado que enseguida se puso a relacionar el ocho mocho con el pulpo manco y, sin más, decidió que su amiguito se llamaría Siete y Medio.

Pensando en ello, con la mirada transida, bajó la vista en busca de su acompañante, y se estremeció como una hoja cuando vislumbró que todos los pulpos se escullían a su alrededor, y dos de ellos se enmarañaban con el recién bautizado Siete y Medio. Faltó poco para que se levantara y se echara a correr. Pero había resuelto seguir adelante, y aguantó su miedo. Suspiró profundamente y, un tanto cohibido, miró hacia aquel extraño séquito que le acompañaba.

Nadie le hizo caso, sin embargo. El sol los tenía embebidos en una especie de estado de transfiguración.

Andrés volvió a recordar entonces las palabras de su padre: "No te tienen miedo, se sienten seguros en tu presencia", y, de pronto, notó cómo su cuerpo y su mente se relajaban y se dejaban llevar por una rara sensación de ingravidez. Al levantar de nuevo la cabeza, emulando a los pulpos, tuvo la impresión de que su cuello flotaba con una ligereza inaudita, y que sus pensamientos se escapaban y ascendían, y se transformaban en campanitas azules y cristalinas. Su mente se llenó sólo de sentimientos, de emociones primarias y tan arcaicas como la misma cueva que encerraba el misterio.

Fue como un viaje de la imaginación. En cada una de las campanillas que manaban de su cerebro, Andrés creyó ver escenas de vertiginoso movimiento en las que él y Siete y Medio jugaban y reían, y se revolcaban por

los cayados, o dentro del charcón, abrazados y felices. Y en cada secuencia siempre había un segundo plano de pulpos mayores y expectantes. En la última campanita aparecía Siete y Medio que lo miraba con grandes ojos tristes, y que después se fue alejando por un túnel que se abría al mar.

El sol ya se desvanecía. La penumbra empezaba a recobrar su reinado, cuando Andrés sacudió la cabeza y entró de nuevo en razón. Tenía la mente en blanco y se sorprendió sobremanera al darse cuenta de que se le estaban saltando las lágrimas, y más aún al ver que todos los pulpos yacían cerca de él y lo observaban con atención. Siete y Medio le había puesto un tentáculo encima del pie y le mostraba, levantándolo con movimientos ondulantes, el rejo partido.

Inmediatamente se fue la luz.

LUNES

— ¡Seño!, ¿el rejo de un pulpo vuelve a crecer si se lo cortan a la mitad?

— Pues no lo sé, Andrés, la verdad. Tendré que informarme. ¿Por qué lo preguntas?

— Porque... bueno... porque yo le partí un rejo a un pulpito chico, y me gustaría que le creciera otra vez.

— ¿Y por qué se lo rompiste? —saltó una pequeñina con carilla mimosa—.

— Porque quería pescar un pulpo para la paella de mi madre. Pero después me dio pena y sacudí la fija para que se soltara. Y entonces le arranqué medio rejo.

— ¿Y tu madre se lo puso a la paella? —preguntó otro meleguín de ojos espabilados, en tanto que se mordía un meñique con picardía.

Todos los niños y niñas celebraron la ocurrencia. Eran más de veinte; la mayoría tenían entre ocho y diez años, pero también había uno de siete y otro de once. Éste último, con pinta de ser el echoncillo de la clase, terminó de formar la fiesta preguntando que a quién le había tocado el rejo.

La maestra intervino y los apaciguó, y de paso aprovechó la coyuntura para entrar en materia. Se dirigió al alumno más pequeño y le dijo:

— A ver, Jonay. Si el pulpo tiene ocho tentáculos y le quitamos la mitad de uno, ¿cuántos tentáculos le quedan?

— Siete y medio, seño.

— Muy bien. Ahora tú, Andrés, ya que has sido tú quien ha dado comienzo a este tema. Si en lugar de cortar la mitad de un rejo, cortamos dos rejos a la mitad, ¿cuántos tentáculos tiene ahora el pulpo?

— Seis rejos y dos medios rejos.

— ¿Cuánto suman dos medios?

— Uno.

— Y si sumamos seis más dos medios, ¿cuánto nos da?

— Siete, señor.

— ¿Podemos entonces decir que ese pulpo tiene siete rejos?

Andrés se quedó pensativo. No podía ser. Para que el pulpo tuviera siete rejos habría que cortarle uno entero y no dos mitades, pero al mismo tiempo es verdad que dos mitades suman uno y entonces...

La maestra pareció leer el pensamiento del niño debatiéndose entre números y fracciones. No era la primera vez que observaba aquella carita, sus gestos, sus parpadeos, el divagar de sus ojos en busca de soluciones, y, por un momento que abarcó cinco fugaces años, se internó en sus recuerdos y rememoró una serie de imágenes en evolución sobre el proceso de aprendizaje de Andrés. Lo vio aprendiendo a leer y escribir, a contar, a sumar y restar, a expresarse, a hablar de las horas y de las medias horas, de los días, meses y años. Lo contempló alegre por la playa, que era el verdadero patio de la escuela, entre juegos, o escribiendo números y figuras en la arena, como si se tratara de una pizarra. Allí resolvía, con bastante frecuencia, las tareas que le habían marcado, especialmente las de aritmética y geometría, que eran sus preferidas. Con un trozo de



palo o de caña, o el culo del lápiz, Andrés se pasaba horas abstraído en sus operaciones, en medio de signos, y a veces dejaba media playa llena de multiplicaciones, sumas, restas y divisiones, de curvas y superficies, y frases tipo: la playa mide ciento cuarenta y tres pasos. Y luego esperaba a que viniera una ola intrépida y lo borrara todo. En cierta ocasión, rondando el niño los ocho años, enseñó a todos sus compañeros, e incluso a la maestra, a contar del uno al veinte de una manera muy particular que le había enseñado su padre. Y escribió en la arena los nuevos números junto a sus equivalentes tradicionales:

UNA	uno
DONA	dos
TENA	tres
CATONA	cuatro
QUINA	cinco
QUINETA	seis
ESTANDO	siete
LA REINA	ocho
EN SU	nueve
GABINETA	diez
PASÓ	once
UN CIVIL	doce
PARTIÓ	trece
UN CUADRIL	catorce
CUADRIL	quince
CUADRÓ	dieciséis
CUENTA	diecisiete
LAS VEINTE	dieciocho
QUE LAS VEINTE SON	diecinueve
	veinte

Fue una diversión tremenda en su momento y, desde entonces, cuando jugaban al escondite o a calambre, por ejemplo, siempre manejaban su propio sistema numérico.

También fue Andrés quien introdujo un juego parecido a PIOLA en el que, en lugar de gritar CALCE, MEDIA o PLANCHA antes de saltar, se utilizaban otras reglas igualmente numéricas: a la una, mi mula; a las dos, mi reloj; a las tres, Perico, Juan y Andrés; a las cuatro, brinco y salto; a las cinco, los puños te jinco; a las seis, un cachito pan del rey; a las siete, salto y pongo mi garrapiñete; a las ocho, salto y cojo mi mocho; a las nueve, jálale el rabo a la burra y bebe; a las diez, tráncaselo bien; a las once, llamo al conde; a las doce, me responde; a la una, bien comido; a las dos, bien almorzado y a las tres, bien cenado (*)

Una ola, una de las tantas olas que marcaban el

ritmo de vida del pueblito marinero, sacó a la maestra de sus evocaciones.

Andrés, por su parte, tampoco se encontraba mentalmente en el aula. Había volado a la cueva del pulpo y estaba con Siete y Medio haciendo cuentas en la bóveda del techo. Grandes multiplicaciones con multiplicadores de doce números que ocupaban todo el espacio y nunca acababan. Él escribía con las dos manos y el pulpo con cuatro rejos, ambos suspendidos en el aire, levitando entre reflejos solares.

— ¿Dónde estás, Andrés? ¡Andrés!

— ¡Eh! Perdón, señor.

— ¿Regresaste, mi niño? Bueno, ya que estás aquí, voy a ponerte un problemita que te va a gustar, aunque puede que sea un poquillo complicado. Sal a la pizarra y apunta los datos que te doy: Una barquera sale a vender sardinas grandes, de esas que llamamos de ley, con una cesta en la cabeza, aunque eso ya no se usa mucho. De pronto se resbala, se cae, y con ella también la cesta. Las sardinas, salvo seis que quedan en el recipiente, salen despedidas por el suelo. Pero entre la barquera y tres personas más las recuperan todas. Una mujer recoge la décima parte; un niño recupera la sexta parte: un hombre coge la quinta parte y la propia barquera recupera la tercera parte. Una vez leído el enunciado, he aquí la pregunta: ¿cuántas sardinas hay en total?

La maestra era consciente de que Andrés sería capaz de resolver el ejercicio. Aún no le había hablado de fracciones, ni del mínimo común múltiplo, u otros términos relacionados, que eran materia del próximo curso, pero él tenía bien claros los conceptos elementales sobre las partes, los números ordinales y la división, y en varias ocasiones había solucionado problemas avanzados para su edad. Ella había aprovechado las horas, los meses, los años, y otros recursos como el décimo de la lotería, y, de una manera sutil, lo introdujo en el mundo fraccionario.

Andrés, bien aleccionado, buscó un número que se pudiera dividir entre tres, cinco, seis y diez a la vez. Primero se fue al diez: se podía dividir entre sí mismo y entre cinco, pero no entre tres ni seis. Además, diez sardinas le parecieron muy poca carga. Después saltó al veinte: tampoco era divisible por tres ni por seis y, por otra parte, le seguía pareciendo poco pescado para una cesta, aunque fueran sardinas de ley y pesaran medio kilo cada una. Inmediatamente pasó al treinta: entre diez da tres, entre seis da cinco, entre cinco da seis y entre tres da diez. No había que buscar más. Diez más seis más cinco más tres son veinticuatro, más seis sardinas que quedaron en la cesta dan un total de treinta.

— Muy bien, mi niño —dijo la maestra, intentando

disimular el orgullo que sentía ante la habilidad de su pupilo predilecto—. Le había encantado la lógica del chiquillo al deducir que una veintena de sardinas seguían siendo poca carga para una cesta. En aquel momento llegó incluso a imaginar los pensamientos de él, que sabía lo que estaba haciendo porque había visto muchas cestas de pescado a lo largo de su corta vida, y porque él mismo, en incontables ocasiones, había ayudado a cargarlas en la furgoneta que tenían sus padres. Y el peso que había levantado era, sin duda, superior a diez kilos, que es lo que pesarían veinte sardinas de quinientos gramos cada una.

Sin embargo, no era la evidente inteligencia de Andrés lo que más apreciaba la maestra de su personalidad, sino su carácter activo y alegre, su siempre buena disposición y, sobre todo, la naturalidad y falta de arrogancia que manifestaba al resolver con éxito sus tareas. Suponía realmente un gran placer para ella, y un verdadero estímulo, trabajar con niños como él, que además le echaba una mano en las actividades de refuerzo, tanto con los menores como con los de su propia edad, e incluso con el mayor de la clase, que se llamaba Raúl, que estaba repitiendo y que era el único alumno de padres no pescadores. Provenía de una familia de fuera que residía en la playa desde hacía poco más de un año, y éste era su segundo curso en la escuela. Desde el principio, a pesar de ser inteligente, se mostró indisciplinado y caprichoso, y tomó una actitud de absoluta indolencia que mantuvo en jaque a la maestra durante la mayor parte del curso anterior. Los padres del niño fueron convocados repetidas veces y se tomaron algunas medidas, pero en vano. Sin embargo, entrado el tercer trimestre, la maestra propuso a Andrés que repasara las divisiones con Raúl. El hecho de que la pizarra fuera la arena de la playa fue lo que llamó la atención del aprendiz, y despertó en él un cierto interés que duró poco más de un mes, y que se fue desvaneciendo en cuanto la novedad comenzó a convertirse en rutina. Luego llegó el verano y se fue de viaje con sus padres, lujo que no podían permitirse los demás niños, y ahora, con el recién estrenado curso, había reaparecido con más bríos y con mayores aires de superioridad.

— Venga, Raúl. Ve con Andrés a la arena para que te aclare el problema de las sardinas —ordenó la maestra, que notó el gesto de desagrado en las caras de ambos—. El primero por pereza y el segundo porque, a pesar de su buena voluntad, cada vez soportaba menos la altanería de aquel niño rico que, por otra parte, no tenía interés ni aprovechaba las explicaciones.

Fue por eso por lo que, después de cumplir el mandato de la maestra, y ante la actitud abúlica de Raúl,

Andrés dibujó un pulpo en la arena y un montón de números por encima. Luego lo encerró todo en una cueva y puso un sol enfrente.

MARTES

Andrés se levantó con la misma idea con la que se había dormido: comprar una linterna frontal. Esa era la solución para su gran problema. Se había pasado todo el domingo y el lunes casi entero pensando que tenía que esperar hasta el sábado, que no había clase, para volver a la cueva del pulpo a la salida del sol. Pero la noche pasada, en un documental de televisión, había visto una expedición de exploradores que se metían en cuevas inmensas portando frontales muy potentes. Desde ese momento no hizo más que rumiar que con una luz así en la frente podría entrar en la gruta sin necesitar al sol. Y a lo mejor se encontraría a Siete y Medio, alumbrando el extremo del charcón en el que moraba.

Aquella mañana, en clase, se le hizo eterna, deseando que llegara el mediodía y la tarde para ir con sus padres de compras a la ciudad, que era costumbre de los martes.

— ¿Para qué quieres tú esa linterna, mi hijo?

— Para escribir de noche en la arena —*mintió Andrés, que ya tenía preparada la respuesta por si acaso*—. Luego tuvo que arreglárselas para despistarse un minuto y poder comprar, a escondidas, una lata de cangrejos para Siete y Medio, contando con que no tendría tiempo para cogerlos en la playa.

Y aquella misma tarde, después de regresar a la costa y ayudar a sus padres con la compra, se plantó en la guarida de su querido pulpo.

El sol se estaba retirando cada día más temprano, camino del invierno, y, aunque aún faltaba aproximadamente media hora para el solpuestro⁽⁸⁾, el lado de la montaña donde se escondía la cueva aparecía casi en penumbra.

Andrés se sobrecogió y dudó un instante. Se preguntó si no sería mejor dejarlo para mañana, que disponía de toda la tarde. Pero no. No podía esperar otro día más, y menos ahora que ya tenía el frontal puesto.

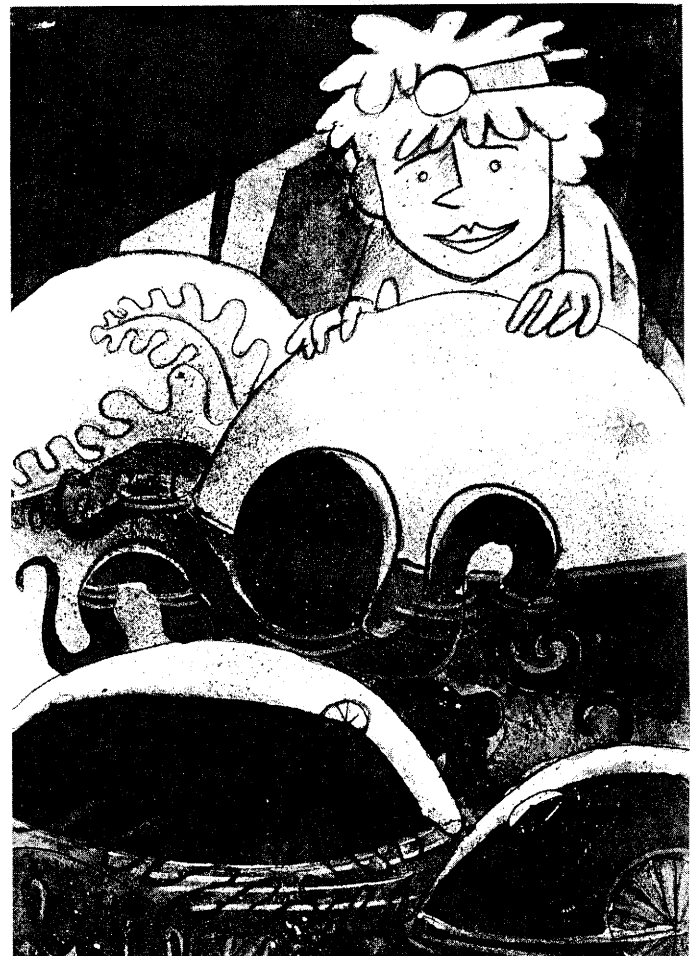
Nada más cruzar el umbral, notó la diferencia entre la luz que despedía la linterna, que se perdía en la inmensidad oscura, y el sol que le cegaba la visión cuando irrumpía como una lengua de fuego por la boca de la cueva. Con la frente gacha, siguiendo el rastro iluminado, se guió hasta el rincón del charco por donde solía emerger Siete y Medio y, una vez allí, se agachó y vació la lata de cangrejos. Movié la cabeza hacia arriba, pero

sólo podía enfocar una mínima parte de la bóveda. Luego alumbró las galerías del charcón pero la luz se ahogaba enseguida entre tanto recoveco. Instintivamente giró entonces la cabeza. Fuera de la cueva quedaba sólo un leve destello del día. Nuevos escalofríos recorrieron su cuerpo, pero su deseo era mayor que su miedo y, decidido, enfocó de plano el escondrijo.

— Una, dona, tena, catona —*dijo de pronto, sin saber por qué, y le resultó extraño oírse a sí mismo contando los primeros cuatro números de su peculiar sistema numérico*—. Sin embargo se relajó al decirlos y, despacio, agachando más y más la cabeza y en voz cada vez más baja, los repitió: —*Una...dona...tena...catona*—. Y cuando insistió por tercera vez, más despacio aún, asomó frente a él un tentáculo por cada número que contaba: una.....dona.....tena.....catona. Después afloraron los ojos de Siete y Medio que miraron a Andrés de una manera que parecía estar preguntando algo. Entonces el niño le señaló los cangrejos desenlatados y el pulpo se dirigió a ellos, pero no los probó.

— ¿No te gustan?... Pues entonces vamos a contar. Venga. Yo levanto los brazos y las piernas y tú los rejos: una, dona, tena, catona. Venga, venga, levanta los rejos conmigo.

Siete y Medio puso los ojos redondos, como si



estuviera muy interesado y, sin apartar la vista del niño, lentamente, levantó, uno tras otro, cuatro tentáculos. Luego, se acercó y, con los mismos cuatro rejos, rozó y jugueteó con los pies y piernas de su acompañante. El niño pasó las manos sobre la cabeza blanda y húmeda de su amiguito y así estuvieron unos segundos.

De pronto Andrés oyó un sonido similar al chapoteo del agua y miró al charco. Dos pulpos grandes se encaramaban⁽⁹⁾ por el mismo hueco que había iluminado anteriormente. Luego se acercaron, lo escrutaron con cara de desaprobación y, sin más, enredaron a su hijo y se lo llevaron. Siete y Medio sólo tuvo tiempo de levantar cuatro rejos antes de desaparecer.

OCHO MESES DESPUÉS

EN LA CUEVA

Faltaba poco para el verano. El sol despuntaba cada día más al sur y, al desplegarse, sólo amanecía una parte del pueblito marineru que se iluminaba entero en invierno. Los primeros rayos que abrieron el horizonte bañaron la cara de Andrés, que estaba sentado sobre una peña observando la amanecida y esperando que la luz entrara en la cueva. También él se había fijado en el movimiento del sol a lo largo de las estaciones que había pasado desde que conoció a Siete y Medio. El encuentro fue en otoño, y entonces amanecía justo enfrente de la casa del pulpo. Luego, hasta que llegó el invierno, fue caminando hacia el norte y el niño notó que la claridad tardaba más en meterse en la gruta, y que ésta no se encendía con la misma intensidad de antes. En primavera el astro se despertaba de nuevo frente a la cueva, y ahora, en vísperas del estío, caminaba aún hacia el sur y los rayos invadían el interior de la guarida mucho antes que en la estación invernal. Pero no lo hacían siguiendo un ángulo recto, como en primavera u otoño, sino oblicuo, igual que en invierno. Por eso el juego de luces dentro del recinto variaba en cada estación, y en las últimas visitas Andrés había tenido la impresión de que las figuras y los números proyectados en la bóveda del techo parecían estar al revés, como si estuvieran reflejados en un espejo. El uno parecía una *ele*, el dos una especie de letra bordada, el tres una *mayúscula curva*, el cuatro una *silla*, el cinco un *cisne*, el seis una *nota musical*, el siete una *efe* y el nueve una *be barriguda*. Además, como la luz accedía al interior tras chocar contra el borde izquierdo de la abertura de la cueva, los reflejos se precipitaban por las galerías y laberintos del charcón y le conferían un carácter irreal.



Incluso el mar, que se divisaba claramente a lo lejos, fragmentado por una especie de túnel con rejillas, parecía de verdad una ilusión de la vista. Pero lo que más asombro causó a Andrés, a Siete y Medio y a los demás pulpos, maravillados todos sin excepción, fue la gran profusión de arco iris que se creaban y entrecruzaban, y se desvanecían al instante, cuando los pulpos salpicaban el agua con sus tentáculos.

— Venga, vamos a jugar un poco antes de que se vaya el sol —dijo Andrés—, lleno de júbilo, y de inmediato él y Siete y Medio se introdujeron en el charco y se revolcaron dentro del agua. El pulpo rodeaba el cuerpo del niño con sus rejos, que ya eran los de un adulto, y lo mantenía sumergido, dándole vueltas y más vueltas en el agua. Y el niño sacaba al pulpo del charco, agarrándolo por el rejo partido, y le daba vueltas y más vueltas en el aire. Entre los dedos del niño brilló el anillo de plata que el pulpo llevaba en el tentáculo mutilado, en cuya punta se había formado un muñón que impedía que el aro se saliera. Andrés se lo había puesto un mes después del encuentro entre ambos, para poder reconocerlo en el caso hipotético de que le volviera a crecer el apéndice, añadiendo una inscripción dorada que rezaba: una, dona, tena, catona.

Era la contraseña. Al principio Andrés se acerca-

ba al borde del charcón y repetía los cuatro números en voz baja, pero ahora los gritaba según irrumpía en la cueva.

Siete y Medio, por su parte, sabía que las voces de su amigo también implicaba que iba a comer, dado que el niño le traía cangrejos a diario desde que compró la linterna, y salía de su escondite antes de que sonara el último número de la contraseña. Se había acostumbrado a la aventura diaria que disfrutaba con aquel gigante bueno que lo alimentaba y jugaba con él. Durante ocho meses no había necesitado arriesgarse para comer, aunque a veces le empujaba el instinto, y la relación con Andrés se convirtió en una verdadera necesidad. Pero últimamente se sentía atacado por una necesidad mayor que le impulsaba a abandonar la morada en la que había nacido y de la que nunca se había apartado. De no haber sido por Andrés, ya se habría tirado al mar, a surcar las olas y a navegar con la corriente que le llevaría a emparejarse y procrear.

Al niño no se le pasaba por la imaginación que el pulpo seguiría su destino dentro de poco, pero tampoco se imaginaba que muy pronto sería él mismo quien le animaría a partir.

ENTRE LA CUEVA Y LA ESCUELA

Se estaba acabando el curso. Hacía tanto calor dentro del aula que la maestra optó por sacar a los alumnos a la playa, aprovechando que la marea estaba vacía y corría un poco de brisa. Había pizarra para todos y ella les fue marcando tareas uno por uno.

— ¿Sabes, Andrés, que anoche me acordé de ti?

— ¿Por qué, señor?

— Porque me estoy leyendo un libro muy interesante sobre matemáticas, donde aparece un diablo que escribe números en el cielo con un bastón. Y lo relacioné con el hecho de que a ti te gusta escribir números en la arena con un palo, o un trozo de caña.

— ¿Y por eso nos sacó hoy a la playa?

La maestra lo miró, asintiendo con una sonrisa.

— Es un libro precioso, Andrés. El protagonista es un niño más o menos de tu edad, al que no le gustan las matemáticas, pero el diablo lo convence y le enseña con juegos muy divertidos. Y además, todo se produce en los sueños del niño. Yo creo que te gustaría, porque eres muy amante de los números, y está muy bien para repasar los números primos, los impares, los triangulares, y también las figuras y pirámides que tanto te gustan.



— Vale, señor.

— A ver, Raúl. Ahora te toca a ti. Vamos a repasar la geometría, pero pon atención.

Raúl había dado algunos cambios favorables. Había progresado en casi todas las materias, y su actitud era mucho más respetuosa con los otros. Pero cada día sentía más envidia de Andrés. Lo veía cómo destacaba en la mayoría de las asignaturas; lo había observado muchas veces cuando escribía horas y horas en la arena, o saltando al agua desde los distintos peñascos: El Prisma, El Farallón, La Filúa, o cuando caminaba por los cayados hacia la cueva del pulpo. En cambio, él no era bueno estudiando, no sabía nadar, ni lanzarse desde las rocas, ni mucho menos se atrevía a internarse entre montaña y riscos, que era camino de pescadores. No sólo le daba miedo sino que lo tenía terminantemente prohibido.

Pero una semana antes de acabar las clases, un viernes por la tarde, vencida la cobardía por la curiosidad, Raúl siguió a Andrés hasta la guarida del pulpo. Hizo mucho ruido y pudo haber sido descubierto, pero su compañero iba absorto en sus pensamientos, mirando los charcos, las olas, el horizonte, y no se percató de nada.

El cielo relucía de azul. El sol estaba empezando a decaer y los rayos abordaron de pronto el filo de la montaña. Miles de destellos salieron despedidos hacia arriba y crearon una pantalla de reflejos centelleantes, que parecía un caleidoscopio de cristales irisados en continua evolución.

Andrés, boquiabierto, se imaginó entonces al diablo del que le había hablado la maestra saltando de chispa en chispa, de rombo en rombo, para después salir lanzado en una especie de raíz cuadrada, cuyo trazo horizontal se hacía curvo y lo catapultaba a un salto lleno de espirales.

Raúl también presenció el espectáculo. Pero no le puso mucha atención. Escondido detrás de un costado del Prisma, observó cómo su perseguido atrapaba unos cuantos cangrejos y se metía luego por la boca de una cueva oscura. Su interés creció y, por un momento, se olvidó del miedo y de su torpeza moviéndose por entre rocas y lajas volcánicas, y se impulsó contra un lado de la entrada, agachándose casi a gatas. Entonces oyó la contraseña que Andrés repitió tres veces: una, dona, tena, catona.

— ¡Qué raro! —pensó Raúl, recordando aquellos números que él también se había aprendido—. De inmediato se arrastró hasta una peña y asomó sigilosamente los ojos hacia la zona iluminada por la linterna. Tuvo entonces que taparse la boca para no gritar, cuando divisó a un pulpo enredándose entre las manos y los brazos de Andrés, que enfocaba el frontal directo hacia Siete y Medio. Asustado, Raúl retrocedió y tropezó con una piedra que dio un chasquido al rodar.

Andrés escuchó el ruido y volvió la cabeza. La luz de la linterna saltó y brincó dentro de la gruta y alumbró la salida. No había nadie, todo estaba quieto.

— Seguro que fue un cangrejo, o a lo mejor un pulpo despistado que chocó con una piedra y la volcó —pensó Andrés, y olvidó el incidente—.

Raúl salió más silencioso aún de lo que entró, y se fue corriendo atropelladamente hacia la playa.

LA DESPEDIDA

Andrés se despertó tarde. Lo lamentó porque tenía ganas de estar en la cueva al amanecer, aprovechando que era sábado, para presenciar una vez más el fantástico juego de luces y números en el techo de la cueva. Pero ya eran las ocho y, viendo que nada podía hacer, refunfuñando por olvidarse de poner el despertador, se levantó y abrió la ventana de su cuarto.

El mar se notaba un poco picado. No había oleaje, pero sí un aire molesto que iba cargado de arena. Los pescadores, incluido su padre, sacaban el chinchorro en ese momento y, entre las personas que miraban el pescado coleando, se encontraba Raúl. Iba de la mano de su madre y hablaba con un compañero de clase, de nombre Moisés.

— ¿Tú sabes pescar pulpos? —preguntó Raúl a otro niño—.

— Yo sí. Lo que pasa es que siempre los cojo estando con mi padre.

— ¿Y has ido a la cueva del pulpo?

— Muy pocas veces. A mi padre no le gusta mucho entrar en ella. Dice que es un poco misteriosa.

— Pues allí hay un pulpo grandísimo que se puede coger fácilmente.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

— Ven conmigo, si quieres comprobarlo.

— ¿Cuándo?

— Dentro de un rato, en cuanto mi madre se despiste. Además, tengo que ir a mi casa a buscar una linterna.

— Y yo la fija.

Los cangrejos salieron despavoridos al ver a Andrés, que siempre se atrincheraba entre dos riscos partidos que se clavaban en el mar, para proveer de comida a Siete y Medio. Había dejado la linterna a buen recaudo y ya llevaba un buen rato metido en aquel agujero, pendiente de la marea y de las pinzas de los cangrejos. De pronto le pareció oír voces conocidas que sonaban a la altura de la cueva, y se encaramó a una de las rocas. Se puso histérico con lo que vio. Raúl y Moisés



estaban entrando en la guarida del pulpo, con una linterna y una fija. Se acordó de súbito, del ruido extraño que había notado la tarde anterior y, sospechando lo peor, salió como alma que lleva el diablo, recogiendo la linterna por el aire. Antes de llegar a la entrada oyó a Raúl gritar: una, dona, tena, catona, y entonces se desesperó más aún y empezó a dar alaridos según se abalanzaba dentro de la gruta.

Un solo segundo más tarde habría resultado fatal.

Raúl ya tenía enfocado el escondrijo, y Siete y Medio se dirigía confiado hacia la luz, sin fijarse que eran dos los visitantes y ajeno al hecho de que uno de ellos tenía la intención de clavarle un hierro puntiagudo en la cabeza.

— ¡Quietos! ¡¡¡Quietos!!! —gritó Andrés— ¡Suelta la fija! ¡¡¡Suéltala!!!

Sorprendido, Moisés dejó caer el arma. Raúl también se asustó y giró tan rápidamente la cabeza que el frontal se le aflojó y cayó con estrépito por el suelo.

— ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —chilló Andrés, iracundo, empujándolos con violencia y profiriendo una serie interminable de insultos que nunca habían salido de su boca—.

— Perdona, Andrés. Yo no sabía nada —se excusó Moisés, mirando luego a Raúl con cara de reprobación—.

— ¡Fuera! —insistió Andrés, más colérico aún, al tiempo que se agachaba para coger piedras del suelo y amenazarles con ellas—.

Raúl agachó la cabeza y abandonó la cueva, seguido de Moisés. Ni siquiera se atrevieron a recoger la linterna y la fija.

Andrés corrió de inmediato hacia la madriguera de Siete y Medio y se lo encontró escondido, asomando sólo los ojos asombrados.

— Una, dona, tena, catona —dijo el niño, nervioso y llorando—. Luego se sentó y llevó las manos a la cabeza del pulpo, el cual se enmarañó enseguida entre los dedos, y trepó y se puso a revolotear sus tentáculos alrededor del cuerpo de su amigo. Lo estaba abrazando; le estaba diciendo que tenía que marcharse; que había un mundo de aventuras esperando por él en el mar, y que siempre retendría su imagen en la memoria.

— Tienes que irte —dijo el niño entre sollozos—. Ahora ya conocen el secreto y pueden reaparecer en cualquier momento. Y yo no quiero que te maten. Tienes que irte de aquí.

El pulpo se deslizó por los hombros de Andrés, y rebulló cariñosamente en su cuello después, despacito, con el rejo partido, le dio cuatro ligeros toques en la cara.

El niño lo abrazó con todas sus fuerzas, y cerró los ojos sin dejar de llorar. Y cuando los abrió se llevó la más inesperada de las sorpresas. La cueva se había iluminado de repente, de una manera inexplicable. Un rayo de sol extraviado se infiltraba por la boca de la gruta y se introducía directamente por las galerías del charcón, para alumbrar el túnel que se abría al mar. Todos los pulpos emergieron y se colocaron a ambos lados de la luz, solemnes y expectantes.

Siete y Medio tardó en separarse de Andrés. Retrocedió tres veces para volver a rizar sus tentáculos entre las manos y los brazos del niño, y luego siguió el camino de luz, aturdido por la despedida, pero decidido a correr las aventuras a las que le empujaba su propia naturaleza. Sólo se paró al llegar al final del pasadizo, tapando el mar con su cuerpo. En medio de la luz brillaba el anillo de plata con números dorados. Entonces levantó, uno por uno, cuatro rejos. Y a Andrés, que no podía parar de llorar, le pareció oír la contraseña: una, dona, tena, catona.

E inmediatamente se apagó la cueva.

EPÍLOGO

Pasaron dos años. Andrés andaba ya acabando sexto curso y seguía destacando en la mayoría de las asignaturas, sobre todo en matemáticas. Además, se había hecho un poco pícaro y sabía algunos juegos de números que daban lugar a equivocaciones. Por ejemplo, a sus compañeros les dijo un día, levantando las dos manos, con los dedos bien señalados:

— A ver, esto tiene que ser rápido y sin pensarlo.

¿Cuántos dedos hay aquí?

— Diez —saltaron los chiquillos—.

— ¿Y en diez manos? ¡Rápido!

— Cien —gritaron todos—.

— Pues sí que tienen ustedes las manos grandes. Diez dedos en cada mano —se reía Andrés con picardía—.

Una vez estuvo a punto incluso de engañar al profesor de matemáticas:

— A ver, profe. Tres amigos van a un bar a tomar un vaso de agua cada uno. La cuenta son veinticinco pesetas. Cada uno pone diez pesetas. El camarero les devuelve cinco pesetas sueltas, y ellos se quedan con una peseta cada uno y le dan dos pesetas de propina al camarero. ¿Cuántas pesetas pone cada amigo?

— Nueve pesetas.

— Correcto —replicó el niño—. ¿Y cuántas pesetas pusieron entre los tres?

— Tres por nueve veintisiete.



— Más dos que le dieron al camarero, ¿cuánto suman?

— Veintinueve.

— ¿Y dónde está la peseta que falta?

El profesor se quedó sorprendido por un momento. Luego se rió y dijo a su alumno:

— ¡Ah, pillín! Eso es una trampa. El planteamiento no es así, y tú lo sabes.

Otra ciencia que había atraído la atención de Andrés era la biología. Empezó a interesarse poco después de la partida de Siete y Medio, viendo un documental sobre animales marinos, en el que también se hablaba del pulpo. De él se decía, entre otras cosas, que era el molusco más evolucionado, que uno de sus rejos cambiaba de configuración a la hora de reproducir y que, salvo excepciones, vivían una media de tres años. Pero, por desgracia, también era considerado una especie muy apreciada, como exquisito manjar, por miles de depredadores, siendo los humanos los más voraces. Se preocupó muchísimo pensando en el incierto destino de su añorado amigo y calculando las posibilidades que tendría de sobrevivir en un medio tan hostil. Consideró entonces la equivalencia entre la vida de un pulpo y la de una persona y, día tras día, mes tras mes, fue deduciendo la edad de Siete y Medio y el desarrollo de su proceso de envejecimiento.

— Ahora debe tener casi tres años, y, si está vivo, ya debe ser viejo —pensó Andrés—, recién despierto con el alba, dispuesto a comenzar el sábado visitando la cueva por enésima vez, para recrearse en las figuras y en los números jugando con el sol y, sobre todo, para evocar los momentos felices que vivió allí con su amiguito de ocho brazos. En los dos últimos años había acudido a su cita todos los sábados y domingos sin excepción y, a pesar de su tristeza por la ausencia siempre presente de Siete y Medio, disfrutaba sobremanera con los magníficos espectáculos que el sol le brindaba. A él y a los pulpos que, aunque mantenidos a una cierta distancia, siempre aceptaron al niño como un miembro adoptado por la colonia. Él los miraba con gran pena, porque sabía que estaban expuestos a ser capturados en cualquier momento, y más de una vez los instigó para que se marcharan a buscar un sitio más seguro. Ellos le devolvían la mirada, como diciendo que aceptaban su realidad, y luego, invariablemente, alzaban los ojos hacia la bóveda del techo, en un intento de olvidar por unos instantes, mediante la magia de la luz, el cruel destino que les acechaba de continuo.

Al igual que los pulpos, Andrés dejaba volar su imaginación. Con el tiempo y la perseverancia, ya había adquirido una asombrosa habilidad para trasladarse mentalmente hasta la bóveda iluminada, y realizar todas las operaciones matemáticas que se proponía. La semana pasada, por ejemplo, había resuelto varias ecuaciones y algunos ejercicios de raíces cuadradas y, para este sábado, tenía pensado hacer una pirámide con los números triangulares. Ya se estaba imaginando la gran construcción piramidal llena de números dibujada en el techo de la gruta y coloreada por los reflejos del sol.

— ¿Ya estás levantado, Andrés? —preguntó su madre al verlo trajinando en la cocina—.

— Sí. Voy a pasear por la playa.

— Algo tienes tú guardado, me parece a mí. Porque no es normal que todos los sábados y domingos del mundo estés siempre en pie desde el alba, mi niño.

— Es que a mí me gusta mucho el amanecer, mamá.

Según salió de su casa, Andrés cambió de idea con respecto a lo que iba a hacer en la cueva. Creyó mejor dejar la pirámide para el domingo, y hoy volvería a hacer las cuentas para saber, con cierto margen de error, la edad de Siete y Medio y, sobre todo, las posibilidades que tenía de estar vivo.

En ello estaba pensando al pasar a la altura del atracadero de las barcas, donde los pescadores, su padre entre ellos, estaban faenando con redes y nasas.

Y cuál no sería su sorpresa, y su inmensa alegría,

cuando, de repente, oyó que uno de los pescadores decía a los demás:

— Fíjate tú, que ayer cuando saqué una de mis redes, me encontré con un pulpo precioso que pesaba por lo menos cuatro kilos. Y cuando lo fui a coger, me fijé que tenía un rejo partido, como si fuera un muñón, en el que llevaba un anillo con unos números raros escritos.

— ¿Cómo dices? —preguntó uno de los compañeros—.

— Lo que estás oyendo.

— ¿Y qué hiciste?

— Ustedes se reirán, pero me dio como cosa y lo solté.

Los pescadores no lo vieron, pero Andrés brincó y saltó y hasta se revolcó en la arena de puro júbilo.

— ¡Siete y Medio está vivo! —gritó sin poderse contener—.

Y, de inmediato, arrancó a correr sin tino hacia la cueva.

FIN

(*) *El juego de*

«A LA UNA MI MULA»

Los que saltan deben cumplir las reglas sin equivocarse al decir los números y sus correspondientes frases, al tiempo que ejecutan el salto. A partir del cinco, tienen, además, los siguientes cometidos:

cinco: clavar los puños en la espalda del que está agachado.

seis: patadita en el culo del que está abajo.

siete: poner un trozo de palo, una piedra, algo que pueda quedarse estable en la espalda del otro.

ocho: recoger el objeto anterior.

nueve: agarrar un rabo imaginario que tiene el que está agachado, al que se le compara con una burra.

diez: otra patadita.

En caso de fallar en alguno de los cometidos, el que salta pierde y debe ocupar el lugar del que está agachado, el cual pasaría a ser el último de los que saltan.

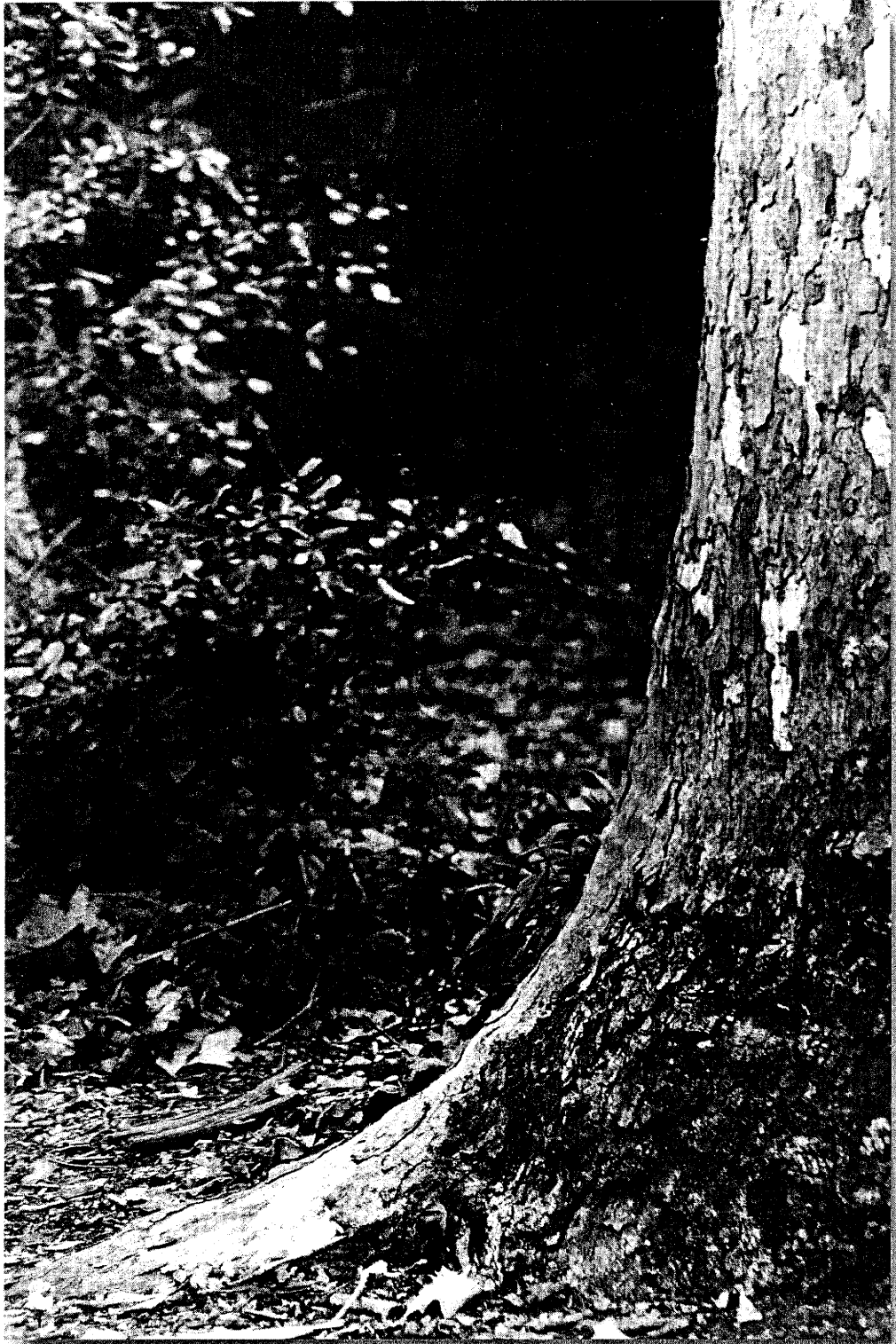
PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN

1. ¿En que punto cardinal está situado el pueblito?
2. ¿En qué lado de la playa se encuentra dicho pueblito? ¿A la izquierda o a la derecha?
3. ¿Qué concepto matemático usó Andrés, sin saberlo, para resolver el problema que le puso la maestra?
4. ¿Cómo sabe el lector que el niño no sabía el nombre del concepto planteado en la pregunta anterior?
5. ¿Por qué se reía Andrés, pícaramente, de sus compañeros cuando les hizo el juego de las manos y los dedos?
6. ¿Cuál es el verdadero planteamiento del problema con el que Andrés pretendió engañar al profesor de matemáticas?
7. ¿Cuál es la referencia clave para saber en qué años está ambientado el relato?
- 7½. ¿Se plantea alguna incógnita a lo largo de la narración?

GLOSARIO

(una, dona, tena, catona)

- (1) **laja:** piedra alargada.
- (2) **balde:** cubo para el agua.
- (3) **burgaos:** caracoles de mar pequeñitos.
- (4) **engoar:** engodar, atraer.
- (5) **fija:** arma de hierro, delgada, larga y puntiaguda.
- (6) **rejo:** tentáculo.
- (7) **calamares:** sandalias fisiológicas de plástico.
- (8) **solpuesto:** puesta de sol, ocaso.
- (9) **encaramarse:** trepar, asomar.



Crecimiento exponencial
María Dolores del Río García

Premiada en el Concurso Fotográfico convocado por la
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.